

EL ANCONERO

Juan era un jovenzuelo de campo, bonachón, que no sabía nadar ni quería aprender, porque le tenía miedo al agua, a pesar de que había nacido y crecido a orillas de un río denominado Río Prieto.

Dos hermanos de Juan, llamados Simón y Pedro, uno mayor y el otro menor que él, nadaban BOCA ARRIBA, BOCA ABAJO, PARADOS y ZAMBULLÍAN. Eran verdaderos PECES DE AGUA DULCE; pero a Juan no le llamaba la atención eso de cruzar el río en sus aguas normales ni mucho menos cuando estaba crecido, porque le parecía que se ahogaba.

El padre de Juan, don Casildo Rojas, un hombre entrado en años, pero aún fuerte, era el dueño de un antiguo ancón amarrado a orillas del río, por donde tenía que cruzar, necesariamente, el vecindario para ir al pueblo. Con lo que esta monótona y árdua labor le producía, llevaba el diario sustento a su casa. Como cobraba un centavo por cada persona y dos centavos por cada animal que tuviera que cruzar el río en aquel vetusto tablero, recogía no menos de doce reales diarios.

Las manos de don Casildo, que parecían garras, estaban llenas de callos, como consecuencia del continuo tirar de los cáñamos que llevaban el ancón de un lado a otro del río.

Como los otros dos hijos de don Casildo manejaban el ancón, con la misma habilidad conque lo hacía sus padre, cualquiera de ellos le sustituía en casos de enfermedad o cuando quería tomarse algún descanso.

En cierta ocasión don Casildo tuvo que salir del barrio, por algunos días y encomendó su trabajo a Simón y a Pedro. Durante la ausencia de don Casildo, Simón y Pedro se empeñaron en que Juan aprendiera a manejar el ancón, por lo que pudiera suceder; mejor dicho, para el caso de que ellos por cualquier motivo, no pudieran hacerlo, y al efecto llamaron a su mamá, doña Camila Pérez, para hacerle saber lo que se propinían hacer con Juan. Doña Camila creyó que era conveniente que Juan aprendiera a manejar el ancón, porque así prestaría alguna ayuda a sus hermanos, y de acuerdo los tres, le dijeron: " Oye Juan. Sabemos

que no te gusta trabajar en el río; que le tienes miedo al agua, pero en el ancón nada te sucederá. Aprende a manejarlo y así le vas perdiendo ese miedo, que sin fundamento alguno, se ha apoderado de tí!"

Juan, por no contradecir a su mamá, acepto lo que le indicaron y se fue con sus hermanos en dirección al río, para practicar en una labor para él desconocida. Los primeros días los pasó encantado porque el río tenía poca agua; pero luego empezó a llover, creció el río, y mover el ancón se hacía muy difícil. Esto llamó la atención de Juan y a cada instante preguntaba a sus hermanos en qué consistía que en agua clara el ancón pesaba menos que cuando el río estaba crecido. Sus hermanos le dieron las correspondientes explicaciones, pero Juan no las entendía.

Pasadas las crecientes del río y ya las aguas a su nivel, Simón y Pedro le indicaron a Juan que ellos tenían que hacer otras diligencias y le sugirieron que se quedará al cuidado del ancón, ya que ellos lo consideraban apto para manejarlo. Juan aceptó, a regañadientes, y no le quedó más remedio que permanecer en el ancón hasta que uno de sus hermanos regresara. Se marcharon sus hermanos y de momento se presentaron unos nubarrones que obscurecieron el cielo y empezó a llover. Juan no sabía qué hacer, si abandonar el ancón o permanecer en él. Si lo abandono, dijo para sí, muy bien ^{se} puede perder y si me quedo aquí, me puedo ahogar. Era un verdadero aprieto para Juan, resolver aquella situación, máxime cuando había un crecido número de personas que deseaban cruzar el río. Por fin, después de pensarlo mucho, resolvió quedarse y se lanzó a trasladar a los vecinos de un lado para el otro. No bien se acomodaron los pasajeros en el ancón, empezó el río a crecer y el ancón a balancearse. Juan se llenó de terror y se dispuso a abandonar los cáñamos, pero los pasajeros se le tiraron encima para evitar que lo hiciera, y con tan mala suerte, que lo tumbaron sobre el tablero, saliéndose los cáñamos de sus rodajes y quedándose el ancón sin control y a merced de las aguas. Empiezan los pasajeros a lanzar gritos y Juan sin saber qué hacer. Cundió el pánico entre todos, ya que el ancón se precipitaba río abajo, sin esperanzas de poder ser detenido. Por fin, luego de haber corrido, sin riendas, por varios minutos, chocó sobre una roca, en la orilla, y se detuvo, aprovechando la gente, esta oportunidad para saltar a tierra.

Enterados la madre y los hermanos de Juan, de lo sucedido, se dieron prisa hasta el sitio en donde estaba encallado en ancón, para pres-

tar sus auxilios a los que los necesitasen. Llegaron ~~en~~ donde estaba la muchedumbre y con la turbación que llevaban no vieron a Juan y la madre de éste empezó a llorar. Juan que la observaba, se le acercó, le echó los brazos y le dijo: "Estamos salvos, gracias a Dios. Pero mejor hubiera sido que no se les hubiera ocurrido enseñarme lo que yo no quería aprender. Lo que a uno no le gusta no debe comérselo, ni nadie empeñarse en que uno se lo coma. A papá no se le hubiera ocurrido nunca, entregarme el ancón. Cuando él regrese se lo diré todo. Para suerte de todos, nada ha sucedido. Debemos estar contentos. Dios nos ha venido a ver; pero el ancón que está encallado en una roca, ha quedado en tan malas condiciones, que se hará imposible repararlo. Ahora de qué nos vamos a mantener."